

### XIII.

De lo que concertaron D. Lope y D. Antonio de Benavides.

UANDO el virey, seguido de D. Lope de Montemayor, llegó á la prision, todo el mundo se habia ya retirado.

Los presos encerrados estaban ya en sus respectivos calabozos y reinaba allí el mas profundo silencio.

El virey no tuvo sino que darse á conocer y penetró hasta el *separo* en que habian puesto á D. Antonio; D. Lope quedó á la puerta con el carcelero.

—¿Conocéisme?—le dijo el virey.

—Sí, señor—contestó el *Tapado*—S. E. el señor marqués de la Laguna, virey de la Nueva-España.

—El mismo; podeis hablar con entera confianza, que solos estamos: debeis traer para mí unos pliegos.

—Sí, señor, para S. E. los recibí en Toledo de manos de la reina nuestra señora.

—¿Y los habeis perdido?

—No, señor, los tengo aquí; felizmente no me han registrado al aprehenderme.

—Dádmelos—dijo con febril impaciencia el virey.

El *Tapado* se desabrochó el justillo y sacó de su pecho un papel cuidadosamente doblado.

—Aquí le tiene V. E.—dijo presentándolo al virey.

El virey arrebató aquel papel con tanta violencia, como si temiera que D. Antonio se arrepintiera de entregársele y le ocultó con tanta precipitacion como si alguien le observara.

—¿Y este es el único pliego que hay para mí?—preguntó.

—El único.

—Guardad el mas profundo secreto; sobre todo, con los oidores.

—Eso mismo me han dicho ellos respecto de V. E.

—¿Es decir que alguno de ellos os ha hablado antes que yo?

—Sí, señor.

—¿Y quién?

—D. Frutos Delgado.

—Ya me lo suponía—esclamó el virey—¿Miserable! pero nada consiguí.

—Preguntóme por mis papeles.

—¿Y qué le dijisteis.

—Que estaban en mis cajas.

—Dios quiera que esa confesion no os perjudique.

—No tuve inconveniente en hacerla, porque sin que yo nada les dijera, habian de encontrar esos papeles en el registro que hicieran de mis baules.

—Es verdad: ¿quereis hablar á D. Lope de Montemayor?

—Me seria muy útil.

—D. Lope—gritó el virey.

D. Lope entró inmediatamente.

—D. Lope, hablad un momento con el marqués de San Vicente, mientras lo hago yo con el carcelero.

El virey salió y D. Lope dijo al marqués:

—¿En dónde están los papeles que acreditan vuestra misión?

—En el equipaje que tomaron las jentes de la justicia.

—¿Vinieron con vos?

—No, creo que llegarán dentro de tres días.

—¿Saben los oidores que allí vienen esos papeles?

—Sin duda.

—Pues si llegan á sus manos, sois perdido; ellos los harán desaparecer y os ahorcarán como á un impostor.

—Pero yo no puedo impedirlo.

—Yo lo impediré.

—¿Cómo?

—Ya lo vereis, pero os salvaré; esto es lo primero, despues veremos lo demas.

—D. Lope—dijo el virey desde afuera.

—Voy, señor—contestó D. Lope, y dijo luego á Benavides—fiad del carcelero, es todo nuestro.

—Una súplica.

—Decid.

—Quisiera hablar con una dama que debe estar en México, y se llama D<sup>a</sup> Laura.

—¿D<sup>a</sup> Laura!

—Sí, ¿la conoceis?

—Mucho.

—Deseo hablarla.

—D. Lope—volvió á decir el virey.

—La vereis—dijo D. Lope, y salió del calabozo.

El virey estaba impaciente; el papel que le habia dado D. Antonio parecia quemarle el pecho, deseaba llegar cuanto antes á su cámara y reducirle á cenizas.

El carcelero les acompañó hasta la entrada de la prision, y allí hizo una profunda reverencia al virey y volvió á cerrar, no sin haber correspondido una señal de intelijencia que D. Lope le hizo con los ojos.

El virey se despidió de D. Lope y se encerró en su aposento y el caballero salió de palacio.

Apenas se vió solo en su estancia el virey, se acercó á una bujía, sacó los papeles, y sin ver siquiera lo que contenian, los acercó á las llamas y cuidó de que ni un solo fragmento dejara de reducirse á cenizas.

—Ahora—esclamó—bien pueden los oidores hacer con ese hombre lo que mejor les agrade, por mi parte ya estoy tranquilo.

Al siguiente dia por la mañana, D. Lope habló en su casa con D. Gonzalo y con el padre Lozada, y éste mandó en busca de D. Guillen de Pereyra.

El Señorito se presentó á poco; el padre le recibió en una antecámara.

—Tengo necesidad de encargaros un negocio importante—dijo el padre Lozada.

—Mándeme su señoría—contestó el Señorito.

—¿Sabeis que ha sido preso D. Antonio de Benavides, marqués de San Vicente?

—Sí, señor.

—En los equipajes del marqués vienen unos papeles que

importa no lleguen á poder de la Audiencia sino al nuestro.

—¿Y en dónde se encuentra ese equipaje?

—Mañana debe entrar á México: le custodian algunos soldados, y es preciso quitárseles en el camino.

—Comprendo.

—Cuanto encierren las cajas es para los que acometan la empresa.

—¿Y quiere su reverencia que yo me encargue de esto?

—Sí.

—Y en caso de que el golpe se logre, ¿entrego á su reverencia esos papeles?

—No, á D. Lope de Montemayor, en cuya presencia indispensablemente se han de abrir esas cajas.

—Perfectamente; ¿y qué parte me toca del botín?

—A vos se os darán mil pesos.

—Tendrá D. Lope esos papeles—dijo sentenciosamente el Señorito—y aquí mismo le daré aviso para que pueda ir á donde estén las cajas, á fin de que en su presencia sean abiertas.

El padre Lozada despidió á D. Guillen y entró á dar parte de lo concertado á D. Lope y á D. Gonzalo.

Aquella noche, al sonar la plegaria de las ocho, D. Lope llamó á la puerta de D<sup>a</sup> Laura y entró como de costumbre.

La dama sintió que un ligero carmin teñía su rostro al ver á D. Lope, pero se serenó inmediatamente.

Aquella mujer sentía despertar algo parecido al amor en su corazón, pero habría muerto antes que sucumbir.

Al menos así lo pensaba ella.

—Señora—dijo D. Lope—tengo para vos un encargo.

—Decid; D. Lope—contestó con dulzura la dama.

—D. Antonio de Benavides desea hablaros.

—¿A mí? ¿acaso le habeis dicho que le conocí al pasar?

—No, señora, aun ignoraba que yo tuviera la felicidad de conoceros, pero algo grave quizá pretende deciros, porque me ha preguntado con empeño por vos.

—Es extraño.

—¿Quereis verle?

D<sup>a</sup> Laura reflexionó, y luego dijo:

—¿Será posible hablarle?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche á las doce.

—Pero, ¿no está preso?

—Sí que lo está, y sin embargo, yo os acompañaré si lo permitís.

#### XIV.

De como un pordiosero supo mas que un señor oficial de los ejércitos de D. Carlos II rey de España.

**P**OR el camino real de Veracruz, y á corta distancia del pueblo de San Juan Teotihuacan caminaba con direccion á México un oficial con ocho soldados, custodiando seis mulas de carga. A la madrugada habian salido de Teotihuacan; el camino estaba fangoso, y las mulas de carga que no mostraban ser de las mejores, se resbalaban á cada paso, y á cada paso se echaban con la carga.

Los soldados y el oficial juraban como unos condenados, y se detenian á cada instante para levantar aquellas cansadas mulas.

En el camino por donde debian atravesar, habia una venta desierta y arruinada, y debajo del miserable portal que aun estaba en pié, un hombre cubierto de harapos y sentado en una piedra miraba con ansiedad para el rumbo de San Juan Teotihuacan.

Por fin alcanzó á descubrir á lo lejos los soldados que conducian las mulas.

El hombre se levantó, y apoyándose en un grueso baston, se adelantó perezosamente cojeando al encuentro del oficial.

—Una bendita caridad, por el santo que se celebra hoy —esclamó con tono plañidero

—Perdone, hermano—contestó el oficial que se habia detenido mientras levantaban una mula.

—Por el amor de Dios—insistió el mendigo.

—Ya le dije que perdone.

—Por María Santísima de Guadalupe.

—Y dále.....

—Por las misas que hoy se dicen; por la hostia consagrada.

—No hay, hombre.....

—Mire, señor caballero, que Dios da ciento por uno, y que la limosna que aquí diere, en el cielo la hallará.

El oficial miró al mendigo entre molesto y compadecido, y luego sacando una moneda se la tiró en el suelo.

—Dios premie la caridad, y aumente la devocion—dijo el mendigo levantando la moneda, santiguándose con ella y besándola—mire su señoría, señor oficial, que Dios puede premiarle: ¿sabe su señoría lo que pasa en México?

—¿Qué hay?

—Que se ha fugado un preso que metieron la otra noche, y dizque es marqués.

—¿El marqués de San Vicente?

—El mismo, y su escelencia el virey y la real Audiencia, han ofrecido muy grandes premios al que lo aprehenda. Si su señoría quiere, en menos de una hora le aprehendemos, que yo sé donde está, y solo porque soy desvalido no lo he hecho.

Los ojos del oficial brillaron de codicia.

—Pero estas mulas?—dijo mirando las que traía.

—Si su señoría quiere, porque el negocio es muy bueno, en esa venta vieja pueden quedar mientras las mulas con dos soldados, y su señoría con seis hombres me sigue, que le llevaré hasta donde está oculto el marqués, que yo le he visto hoy en la madrugada.

El oficial reflexionó un momento, y luego dijo:

—Así como así, estas bestias necesitan descansar un rato, porque están muy maltratadas: Muchachos, dos de vosotros entrad en esa venta con las mulas mientras vuelvo, y los demas seguidme.

Dos soldados comenzaron á dirigir á las mulas para la venta, y el oficial con los restantes se puso en camino siguiendo al mendigo.

A pocos pasos del lugar en que se encontraban, habia un sendero estrecho que se apartaba del camino, entrando en un bosquecillo: por allí penetró el mendigo y los soldados, de uno en uno, le siguiéron.

El mendigo caminaba con una precipitacion que no se hubiera podido esperar de él, y en poco tiempo perdieron de vista el camino y la venta.

Los otros dos soldados llegaron bajo el portal con las mulas, las dejaron allí, echaron pié á tierra, y atando á una columna sus caballos, se sentaron en los escombros á descansar.

Entonces se pudo ver la cabeza de un hombre, que casi al nivel de la tierra asomaba detras de una de las paredes, y luego otra cabeza un poco mas arriba.

Los soldados estaban muy distraidos.

Un hombre, y otro, y otro se destacaron de detras de la

pared, y sin hacer el mas mínimo rumor, se avanzaron con precaucion hasta quedar detras de los soldados.

Repentinamente, como tigres que se lanzan sobre una presa, aquellos tres hombres, con un puñal en la mano, cayeron sobre los soldados que no pensaron en resistir, y antes que ninguno de los dos pudiera lanzar un solo grito, los dos eran ya cadáveres cubiertos de sangre y acribillados á puñaladas.

Sin perder un solo instante, aquellos tres asesinos se apoderaron de los caballos de sus víctimas; dos montaron en ellos, y el tercero á pié, comenzaron á arrear á las mulas, y dejando el camino real se perdieron en un sendero que seguía la direccion opuesta á la que habia tomado el mendigo conduciendo al oficial y á los soldados.

El camino que seguian estos últimos, se hacia cada vez mas y mas intransitable; por fin llegaron á una barranca que tenia por puente un tronco de árbol.

El mendigo atravesó el abismo sobre el tronco, con entera firmeza, pero el oficial no pudo seguirle á caballo y se detuvo.

—¡Eh!—gritó—¿adónde vas? no miras que por aquí no podemos pasar?

—Es cierto—dijo el mendigo del otro lado.

—¿Pues qué hacemos?

—No hay cuidado; siga su señoría la barranca arriba y un poco adelante está el paso para los de á caballo; este es para la jente de á pié.

—Bien—dijo el oficial, y comenzó á caminar hácia arriba en busca del paso.

A poco andar comprendió que el paso no estaba por ahí, y volvió con intencion de preguntar á su guía.

Llegó al lugar en que le habia dejado, pero el guía no estaba ya, y lo que era peor, el tronco que servia de puente habia sido precipitado al fondo del barranco.

El oficial conoció que el mendigo le habia engañado y que habia puesto un abismo entre los dos.

Entonces le vino la idea de que tal vez la carga corria peligro y determinó volver al camino real.

Pero por mas que queria caminar de prisa, el terreno no se lo permitia: ademas, se habia alejado demasiado.

Mas de una hora tardó en encontrar el camino real.

Por fin divisó la venta, y desde lejos le pareció que los dos soldados dormian tranquilamente: esta era prueba de que no habia allí novedad.

Entonces se fué acercando mas tranquilo; sin duda el plan del mendigo no era contra la carga sino contra él.

El oficial llegó á la venta, miró sus soldados y lanzó un grito de espanto que repitieron los demas.

No habia allí mas que dos cadáveres acribillados á puñaladas y cubiertos de sangre.

Ni las mulas, ni los caballos: nada.

Comenzaron las conjeturas; quisieron guiarse por el rastro; pero imposible.

El camino estaba lleno de agua, y en todas direcciones habia huellas de bestias y de hombres.

Entonces aun no habia esa generacion de guerrilleros que nuestras guerras civiles y extranjeras han educado, y que conoce por las huellas los secretos de los caminos.

El oficial sin saber qué hacer, se llegó á la ruinosa venta, y quedó sombríamente meditabundo.

Si en aquel momento hubiera encontrado al mendigo le habria ahorcado con sus manos.

Pero el mendigo y los que llevaban las mulas estaban ya muy lejos de allí.

Entonces comprendió el pobre oficial que el mendigo le habia engañado como á un niño, que le esperaba en México algo muy desagradable con la Audiencia, y que era preciso que él á su turno engañara tambien á la Audiencia.

Esto era muy peligroso porque habia que contar con el secreto de los soldados.

Pero siempre mayor peligro habia en no probar aquel medio.

El oficial se decidió á engañar á los oidores, como el mendigo le habia engañado á él.